

## LIBRO SEXTO.

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### UN FILÁNTRORO DE LUGAR.

Hemos visto partir á fray Domingo, que llamado cerca del lecho de Mr. Gerard, acababa de ponerse á disposición del hombre digno, cuyo estado desesperado lanzaba tanta turbación en el lugar y sus cercanías.

Y era que Mr. Gerard era un filántropo en toda la extensión de la palabra.

Demos algunos detalles respecto á Mr. Gerard ; es decir, digamos lo que de él se decía.

Mr. Gerard era el más rico habitante de Vanves y las inmediaciones ; eso era cosa incontestable ; nadie sabía á cuánto ascendían sus rentas, tan incalculables eran ; y cuando se preguntaba á un paisano respecto á este punto, respondía invariablemente :

— ¡ Mr. Gerard ?

— Sí, Mr. Gerard.

— ¡ Me preguntáis si es rico ?

— Sí, os lo pregunto,

— Mr. Gerard tiene tanto dinero, que no sabe él mismo lo que tiene.

Decíase que habitaba hacia la parte de Fontainebleau una magnífica propiedad que dejaba arruinarse, á causa de las desgracias que le habían herido. Tutor de dos niños encantadores, habían desaparecido un día los dos, sin que nunca se pudiera tener de ellos noticia alguna ; marido de una mujer á quien adoraba, había encontrado un día al entrar en su casa, á su mujer estrangulada por un perro de Terranova, que sin duda había rabiado, sin que lo hubiesen advertido.

Esta cadena de horrososas desgracias, que á cualquiera otro hombre le hubiera hecho tomar horror á la especie humana, no había producido otros resultados que exaltar sus virtudes de cristiano, llevando hasta lo sublime la caridad y la abnegación, que le hacían el ejemplo de los filántropos y el idolo de la población.

Era hacia el año de 21 ó 22 cuando había venido á Vanves con intención de fijarse allí. Había visitado muchas casas que estaban de venta, sin encontrar una que le conviniese ; por último, se había fijado en la que habitaba. Al principio, el propietario había rehusado deshacerse de ella ; pero Mr. Gerard le había ofrecido un precio tan ventajoso, que aunque la había hecho edificar para sí mismo, había consentido en cedérsela.

Desde entonces habitaba Mr. Gerard aquella casa, en la que vivía á la vez como un santo y como un príncipe ; como un santo á causa de la conducta regular que observaba ; como un príncipe á causa de las limosnas que hacía.

En efecto, desde su llegada, se había convertido Vanves en uno de los caseríos ó lugarejos más ricos de las cerca-

nias de París. De pobres y necesitados que eran poco á poco habían ido pasando los habitantes á la comodidad. Algunos, hasta pasaban por ricos, y esta riqueza relativa, y que probablemente en los más ricos no alcanzaba á la dorada medianía de Horacio, era debida á Mr. Gerard.

Resultaba de aquí, que no había cabaña en que el nombre de Mr. Gerard no fuese, ó reverenciado ó bendecido; nunca se hablaba de él sin añadir á su nombre algún epíteto característico: tales como el bueno, el excelente, el honrado, el virtuoso, el benéfico Mr. Gerard.

Que la cosecha fuese mala, que la falta de sol hubiese impedido al trigo sazonarse, que el exceso de calor hubiese desecado el trigo en la espiga antes de granar, que el granizo hubiera destrozado los centedos y las avenas, que las lluvias de la primavera hubiesen devastado las siembras, y que un paisano, desolado, apoyado, en el mango de su hoz inútil ó de su azada ociosa, mirase desesperado su campo única fortuna de su mujer y sus hijos, devastado, que pasase entonces Mr. Gerard, sobre su caballo ó en su carruaje, y al instante se le veía echar pie á tierra, acercarse al paisano, conversar familiarmente con él, compadecerle, consolarle, y alentarle, apoyando sus palabras de compasión, sus consuelos, y lo que le decía para animarle con un préstamo de dinero más ó menos considerable, no siempre según las garantías que el paisano podía dar, sino según la necesidad que experimentaba; y esto sin ningún interés: algunos, cuya reputación era buena, hasta se decía que les había prestado sin recibo.

Se citaban de él rasgos como éstos, por ejemplo:

Un carpintero que trabajaba en el techo de su casa, había caído desde lo alto de un andamio y se había roto una pierna. En vez de hacer que le llevasen al hospital, como

et año anterior había hecho en un caso igual el alcalde de Vanves, que pasaba sin embargo por uno de los hombres más caritativos, había recogido en su casa, no sólo al carpintero herido, sino también á su mujer y sus hijos; después, llamando al cirujano de Meudón, Mr. Pilloy, le había recomendado al pobre diablo, diciéndole que le cuidase lo mejor que pudiese, y que sería pagado como por un príncipe.

La convalecencia había durado tres meses, y durante ellos, cuidado como si fuese un hermano, alimentados todos como si fuesen de la familia, habían permanecido, el carpintero, su mujer y sus hijos, en casa de Mr. Gerard, de cuya casa salieron al cabo de este tiempo recibiendo numerosas muestras de beneficencia.

Un pobre tabernero, padre de cinco hijos, habiendo perdido á su mujer y su hija primogénita, había caído en una horrorosa postración, y á pesar de los consejos y del ánimo que le daban sus vecinos, había abandonado el cuidado de su comercio, descuidado sus negocios más importantes y dejado que su casa se desacreditase. Un acreedor que estaba lejos de profesar al prójimo la misma ternura que Mr. Gerard, había hecho embargar los muebles del pobre hombre, y su venta iba á reducir á la mendicidad á los cuatro niños que le habían quedado. Sólo entonces, el día de la venta, al ver toda la extensión de su desgracia, había salido el tabernero de su anonadamiento; entonces, al ver el alguacil, y que se ponía precio á sus primeros muebles, se había arrojado al cuello de sus hijos pidiéndoles perdón de su cobardía, ofreciendo su vida á quien quisiera darle el medio de emprender de nuevo su comercio, y hacer honor á sus negocios.

En este momento pasaba por allí Mr. Gerard. Reunióse

al grupo, que se componía, mitad de compradores, mitad de espectadores atraídos por aquella escena de desesperación; llamó al tasador, le preguntó por qué suma iba á venderse aquel pobre mueblaje, y habiéndole respondido que por mil ochocientos francos, al instante Mr. Gerard había sacado del bolsillo tres billetes de mil francos, destinados, mil ochocientos á pagar la deuda del tabernero, y mil doscientos para ayudarle á que comenzase de nuevo su comercio. Entonces el desgraciado padre se había echado á sus pies, había cubierto sus manos de lágrimas, en medio de las aclamaciones y los gritos de reconocimiento de todos los asistentes.

Otro día una paisana, recogiendo leña en los talleres de Meudón, había encontrado un niño de seis meses que gritaba y lloraba acostado en las hojas secas: la leñadora había tomado el niño en sus brazos, lo había llevado á Vanves, lo había enseñado á los habitantes indignados, porque el arranque de la multitud al ver un niño abandonado es siempre sublime.

Fué aquello una maldición general, que debió caer como una lluvia de fuego sobre la cabeza de la madre.

Llevóse al pobre abandonado á la alcaldía que debería ser el domicilio natural, la casa paterna de todo expósito. Pero el alcalde respondió que la comunidad era pobre, y tenía ya demasiados niños á su cargo; y que en cuanto á él personalmente, no era que se negase á la satisfacción de crear una imagen suya, pero que le parecía mejor endosar un niño hecho á imagen de un desconocido.

Al oír esta respuesta no hubo más que un grito unánime y espontáneo en la multitud: « ¡ Á casa del bueno Mr. Gerard! ¡ á casa del honrado Mr. Gerard! ¡ á casa del virtuoso Mr. Gerard! » y la multitud se precipitó hacia la casa del

filántropo precedida por el grito: « ¡ un niño! ¡ un niño! »

Paseábase Mr. Gerard en su jardín cuando oyó aquellos gritos, y al acercarse el ruido, adivinó que aquella multitud, cuyos clamores oía, venía en su busca; pero sin duda aquel grito, ¡ un niño! ¡ un niño! produjo en sus nervios una sensación dolorosa, porque la multitud le encontró sentado sobre un banco en su jardín, pálido y temblando.

Sin embargo, cuando supo que se trataba de un niño de seis meses, reapareció su bondad ordinaria, que por un instante había cedido el puesto á un indecible sentimiento de terror; dió órdenes para que se fuese á buscar una nodriza, ajustó con ella la lactancia del huérfano, declaró que no tenía que ocuparse más que de cuidar al niño, atendido á que ese cuidado le pertenecía; sólo deseaba que el niño se criase lejos de él, porque la pérdida de dos pupilos queridos le habían dejado en el corazón una herida, que la vista de un niño haría sangrar de nuevo incesantemente. Y la nodriza se había llevado el niño, á cuya existencia atendía grandemente M. Gerard.

En fin, con la simple relación diaria de las acciones de Mr. Gerard, unidas unas á otras, se hubiera podido hacer un libro titulado *La Moral en acción*.

El país entero hubiera debido elevarle una estatua, porque el país entero le debía algo.

La comunidad le debía una fuente en la plaza pública.

Los hortelanos, un camino de travesía que reclamaban hacia veinte años.

La iglesia, vasos sagrados y un cuadro de mano maestra.

Los aldeanos, tres ó cuatro casas quemadas, reedificadas á su costa, además la gran calle de la población empedrada de nuevo.

Y todo esto sin contar lo que los paisanos le debían como particular; testigos el carpintero, el tabernero, y otros veinte á los cuales había hecho servicios análogos, cuyas monótonas relaciones, por más edificantes que sean, las hallarian cansadas nuestros lectores, si no nos propusiéramos suprimirlas.

En una palabra, Mr. Gerard era á la vez el hombre de bien según el Evangelio y según la sociedad, observaba los mandamientos de Dios y de la Iglesia con una fidelidad digna de admiración: la población le adoraba, y el reconocimiento que mostraba á su bienhechor, tenía algo de la lealtad del perro á su dueño: resultaba de aquí, que se hacía guardia en torno suyo, como en torno de un individuo de la familia real; y que un individuo de la misma real familia hubiera sido mal recibido hasta el punto de no compartir con Mr. Gerard la veneración de aquellos fanáticos aldeanos.

Así que el abad Domingo, á quien dos ó tres paisanos que había encontrado en el camino acompañaban hacia Vanves, comprendió por lo que éstos acababan de decirle de las virtudes de Mr. Gerard, la consternación que estaba pintada sobre los semblantes de los inquietos paisanos, en pie sobre el umbral de sus puertas, ó parados en las calles, como sucedé en las calamidades públicas, para estar al alcance de las noticias.

Al ver aquella desolación universal, preguntó el abate Domingo á uno de sus guías qué enfermedad era la que conducía Mr. Gerard al sepulcro.

— Es una fluxión de pecho, respondió aquel á quien se dirigía.

— Sí, dijo el otro, y es una buena acción lo que va á causar la muerte del pobre y querido hombre.

Y entonces, los dos paisanos en competencia refirieron al abate Domingo, que hacía unos quince días al atravesar el parque, había sido atraído Mr. Gerard por gritos que partían de hacia el estanque grande.

Dos ó tres niños estaban á la orilla del estanque pidiendo socorro, y sin atreverse á ir en ayuda de su pequeño camarada, que había caído al agua.

El niño se había inclinado para tirar más lejos de la orilla un barco de papel; había perdido el equilibrio, y se veía en el movimiento del agua el sitio en que se agitaba.

Mr. Gerard no había vacilado, y aunque con la frente llena de sudor, á causa de la gran carrera que acababa de dar, se había lanzado al agua para sacar de ella al niño; y en efecto, lo había llevado sano y salvo á la orilla; pero él había entrado en su casa pálido, arrojando agua, y tiritando de pies á cabeza, y aun cuando cambió de vestidos, aunque hizo encender un gran fuego, aunque se acostó inmediatamente en un lecho bien calentado, le había acometido la fiebre el mismo día, y desde entonces no le había abandonado.

En fin, por la mañana había dicho Mr. Pilloy que no respondía de su enfermo, y había advertido, con toda clase de precauciones al pobre Mr. Gerard, que si tenía que tomar disposiciones, temía que el tiempo le viniese hartos justos.

Mr. Gerard, que probablemente no se creía tan enfermo, se había desmayado con aquella terrible noticia, que sin embargo, para un santo hombre como él, debía ser menos aterradora que para cualquiera otro, y al volver en sí, había clamado porque se fuese á buscarle un sacerdote.

Habían corrido á casa del cura de Meudón; pero como

hemos dicho, el cura de Meudón había ido á dar el Viático á una aldea vecina.

Entonces se le dijo al moribundo, que á falta del cura de Meudón, podía dirigirse á un sacerdote que se le creía extranjero, y que había venido á Meudón, llamado por la muerte de uno de sus amigos que se había asfixiado.

Entonces era cuando había enviado á su ayuda de cámara á buscar al abate Domingo con orden de insistir hasta que el sacerdote consintiese en ir.

Se ha visto cómo el dominico se había separado de la cabecera del muerto para ir á la cabecera del moribundo.

Por lo demás, el sacerdote, corazón noble si los hay, apto para comprender todos los rasgos de abnegación, se había conmovido profundamente con la relación de todas aquellas hermosas y buenas acciones que acababan de contarle, y había apretado el paso, llegando con la boca llena de palabras consoladoras, con las manos llenas de bendiciones.

Se le había dicho la verdad al decirle, que no necesitaría buscar la casa.

Cuando le vieron los habitantes de Vanves, todas las manos se extendieron en dirección de la casa de Mr. Gerard.

— ¡ Oh ! señor abad, murmuraron las viejas, vais á oír una confesión santa, y bien podéis absolver de antemano al bueno de Mr. Gerard.

Saludó el abate Domingo á toda aquella multitud, entre la que encontraba esa virtud tan rara que se llama reconocimiento, entró en la casa indicada cuya puerta, lo mismo que la de una iglesia, estaba abierta todo el día, y de tal modo era respetada, que hubiera podido continuar abierta toda la noche ; y subiendo rápidamente la escalera

que conducía á la habitación de Mr. Gerard, encontró en el último escalón al ayuda de cámara, que había ido á buscarle á Bas-Meudón, y que corriendo había ido á anunciar á su amo la próxima llegada del supremo consolador.

Pero aquella noticia, que hubiera calmado á cualquier otro, había por el contrario parecido redoblar la agitación del santo hombre, y esperando al abate Domingo, lanzaba gemidos, dejaba escapar suspiros, que de tal modo asustaban al criado, que en vez de permanecer en la habitación de su amo con la impasible enfermera sentada en un grande y mullido sillón, había ido á esperar al dominico en la escalera.

Entró el sacerdote en la habitación.

## CAPÍTULO II.

### LA CONFESIÓN.

— Señor, dijo el ayuda de cámara, es la persona que aguardáis.

El moribundo hizo un brusco movimiento, como si aquel anuncio le hiciese estremecer de pies á cabeza, y dejó escapar un doloroso gemido.

Después dijo con voz sorda :

— Haced que entre.

Entró fray Domingo, y su mirada, llena de interés y hasta de respeto, penetró en el fondo de la alcoba.

Efectivamente, el sentimiento que experimentaba res-

pecto á aquel que le hacía llamar, era después de lo que había oído, un sentimiento de admiración mezclado de reconocimiento.

Por joven que el abate Domingo fuese, había visto tantos hombres malos, que profesaba reconocimiento á un hombre por ser bueno.

Sobre la almohada, arrugada por la vigilia febril del moribundo, notó entonces el rostro enflaquecido, descolorido y cadavérico de aquel á quien todo el país llamaba unánimemente el bueno de Mr. Gerard.

Estremecióse: tan diferente era aquel rostro del que esperaba ver.

Mr. Gerard por su parte le vió con su bello y severo traje, extraño en Francia, como una aparición de Zurbarán, y le saludó con un movimiento de cabeza.

Después, con voz lánguida, dijo:

— ¡ Amigo mío !

— ¡ Mariana ! añadió dirigiéndose á la enfermera.

Levantóse Mariana, soñolienta y amodorrada, y acercándose con ese paso vacilante, particular á los sonámbulos, preguntó:

— ¿ Cómo os encontráis, mi querido señor ?

— Mal, muy mal, Mariana.

— ¿ Necesitáis algo ?

— Dadme de beber, Mariana, y dejadme solo con este caballero.

Presentó la enfermera á Mr. Gerard un vaso de tisana tibía por su posición encima de una lamparilla.

Bebió Mr. Gerard una parte de ella, después volvió á caer sobre la almohada, fatigado por un esfuerzo que había hecho, devolviendo á la enfermera la taza con mano temblorosa.

Recibióla ésta, y viendo que quedaban tres cuartas partes de licor:

— Bebed, querido señor, dijo, presentándole el resto del brebaje con un movimiento peculiar á la especie, y que hace de cada enfermera una especie de verdugo, encargado de dar al enfermo la tortura del agua caliente.

— Gracias, Mariana, gracias, dijo Mr. Gerard rechazando la mano de la enfermera. Os suplico sólo que echéis las cortinas, y nos dejéis. Me hace daño la luz.

Echó la enfermera las cortinas, con lo que no quedó otra luz en la habitación que la débil que despedía la lamparilla.

Durante los cortos momentos que habían transcurrido desde su entrada en la habitación hasta que las cortinas le habían ocultado el semblante del enfermo, los ojos del joven sacerdote habían permanecido fijos sobre aquel rostro, que tan lejos estaba, como hemos dicho, de presentarle la fisonomía que esperaba encontrar.

Fray Domingo estaba particularmente dotado de esa investigación fisonómica, especial de los sacerdotes y los médicos.

Según lo que había oído de Mr. Gerard, se había figurado de antemano fray Domingo un semblante en armonía con las altas cualidades que había oído elogiar.

Esperaba por consiguiente ver un hombre de ancha frente, asiento de elevados instintos; de ojo franco y á flor de cabeza, señal de benevolencia, de nariz recta, señal de firmeza; de labios un poco gruesos, señal de amor al prójimo.

En cuanto á la edad, no había preguntado y no se inquietaba por ello; y le parecía que los buenos eran bellos, y que teniendo todas las edades hasta la vejez su belleza, Mr. Gerard tendría la belleza de su edad.

Y en verdad, al ver á Mr. Gerard, todo había sido decepción para el monje.

De allí había procedido aquel estremecimiento que no había podido dominar, y aquella mirada fija que acababa de grabar en el espíritu del confesor hasta los menores rasgos del semblante del moribundo.

El que tenía fray Domingo ante los ojos, era un hombre de cincuenta á cincuenta y cinco años, de frente deprimida y estrecha, aun cuando estando calvo por delante, hubiera debido ensancharse en apariencia, al menos con la ausencia de los cabellos; los ojos pequeños, hundidos, y de un color gris descolorido, desaparecían á veces bajo unos párpados guiñadores y enrojecidos, sea por el insomnio presente, sea por antiguos excesos; las cejas, espesas y encanecidas, del medio de las cuales se destacaban, fuera de toda proporción con los demás, unos pelos rectos y tiesos, se juntaban en la línea de la nariz, y formaban por encima del ojo un arco de una curvatura exagerada. La nariz era encorvada, delgada y cortante por decirlo así; la boca grande con labios chatos y pálidos pegados, como quien dice, á los dientes; conjunto que daba á aquel semblante de frente fugitiva, una gran semejanza con una cabeza de buitre, más bien que con un rostro humano.

Cualquiera que fuese el cambio, cualquiera que fuese hasta la descomposición que la enfermedad hubiera traído al rostro del enfermo, era fácil recomponerlo; y aun recomponiéndolo y dándole la expresión de la salud, debía chocar al instante á un fisonomista como el abate Domingo, la bajeza del alma, y la cobardía del corazón que revelaba el conjunto de aquel semblante.

Lo que sobre todo dominaba en aquella fisonomía, era detrás de una cierta ferocidad vulgar, como la del animal,

al que hemos dicho que Mr. Gerard se parecía, era, decimos, una miserable docilidad, una rara condescendencia con la voluntad de un ser cualquiera que fuese, con tal que en lo mortal ó lo físico este ser le fuese superior; una especie de disposición natural á sufrir la esclavitud bajo cualquier forma que se presentase.

Se conocía que bastaba, á menos que sus instintos naturales y egoístas estuviesen visiblemente en juego, extender la mano por encima de la frente de aquel hombre, para hacerle bajar la cabeza.

No era ciertamente más feo que otro; pero su fealdad le era peculiar propia enteramente *sui generis*, si es lícito hablar así. Expresaba en aquel momento el terror de la manera más repugnante.

La vista de un moribundo ordinariamente conmueve por más de un título, y por el hilo de oro del pensamiento conduce rectamente á Dios. Pues bien, la vista de aquel hombre, aunque se le conociese próximo á la agonía, cercano á la tumba; la vista de aquel hombre, en vez de excitar interés, sólo excitaba un profundo invencible disgusto. Si era un hombre de bien, como lo proclamaba la voz pública, era cosa de desesperar, porque si Dios permitía que las gentes honradas llevasen semejante máscara, ¿á qué señal se podría acudir para reconocer á los malos?

Así pues, ya lo hemos dicho, el bello sacerdote se había detenido estupefacto delante de aquella imagen visible de la bajeza, delante de aquel odioso símbolo de la cobardía.

Al ver pues aquella figura frunciéronse sus cejas, en él, hombre de bien que creía llevar sobre su frente el reflejo de las nobles y malas virtudes de su corazón, y así fué, que

sentándose lleno de desaliento á la cabecera de aquel hombre, dejó caer la cabeza sobre el pecho.

En aquella postura, en vez de venir á tender la mano á una alma de alas blancas y pronta á subir hacia Dios, parecía pedir al Señor fuerza para escuchar la confesión de un malvado, y disputarle á Satanás una alma condenada de antemano.

Por los demás, como en vez de hablarle el moribundo se contentaba con gemir y llorar, fué fray Domingo el primero que tomó la palabra.

— ¿Me habéis mandado llamar? dijo el monje á Mr. Gerard.

— Sí, respondió el moribundo.

— Os escucho entonces.

Miró el moribundo al sacerdote con una inquietud que hizo brotar una doble llama de sus ojos, que se les hubiera creído apagados.

— ¿Sois muy joven, hermano mío? preguntó.

Lévantose el sacerdote cediendo á un primer impulso de repugnancia.

— No soy yo quien ha solicitado venir, dijo.

Pero el moribundo, sacando fuera del lecho una mano descarnada, le detuvo por el hábito.

— No, dijo, quedaos. Quería decir, que á vuestra edad tal vez no se había meditado bastante sobre la parte sombría de la vida, para responder á las preguntas que tengo que haceros.

— ¿Qué puedo deciros? respondió el sacerdote. Si interrogáis á la fe, responderé con la fe; si interrogáis al talento, trataré de responderos con el talento.

Hubo un instante de silencio, durante el cual permaneció el monje en pie.

— Sentaos, padre mío, dijo el moribundo en tono de súplica.

Dejóse Domingo caer sobre su silla.

— Ahora, padre mío, dijo el moribundo, en nombre del cielo, no os escandalicéis de las preguntas que voy á haceros, y sobre todo, prometedme no abandonarme antes de concluir mi confesión; bastará que un solo corazón sea depositario de semejante secreto.

— Hablad, dijo el sacerdote.

— Conocéis mejor que yo los dogmas de la Iglesia á que pertenecéis, padre mío.

Mr. Gerard se detuvo.

En seguida, después de un momento de vacilación:

— ¿Creéis en otra vida, padre mío?

Miró el sacerdote al moribundo con expresión de desprecio.

— Si no creyese en otra vida, dijo, ¿creéis que hubiese vestido este hábito en ésta?

Mr. Gerard lanzó un suspiro. El dominico acababa en efecto de darle una prueba de la extensión de su fe.

— Sí, comprendo, dijo; ¿pero creéis, padre mío, que en esa otra vida, el hombre encuentra la recompensa de sus virtudes y el castigo de sus crímenes?

— ¿Pues de qué serviría sin eso?

— Y ¿creéis, padre mío, continuó el moribundo, que la confesión sea absolutamente necesaria para la remisión de los pecados, y que el perdón de Dios no puede descender sobre una cabeza culpable más que por medio de su ministro?

— La Iglesia nos lo afirma, caballero.

— Creía, se aventuró á decir el moribundo, que en caso de contrición perfecta...



— Sí, sin duda, respondió el dominico con una repugnancia marcada á proseguir aquella discusión teológica, sin duda á falta de un ministro del Señor, la contrición perfecta puede reemplazar á la absolución.

— De modo que el hombre que tiene contrición perfecta...

El sacerdote miró al moribundo.

— ¿ Que la tiene ó la cree tener ? preguntó.

Mr. Gerard se calló.

— ¿ Qué pecador puede lisonjearse de tener contrición perfecta, preguntó el dominico, qué culpable puede afirmar que su arrepentimiento está exento de temor ; su remordimiento puro de terror ? ¿ Qué moribundo puede decir : Si mañana Dios me devolviese los días que me cuenta, las horas que me toma, esas horas, esos días los emplearía en reparar el mal que he hecho ?

— ¡ Yo ! ¡ yo ! exclamó el moribundo, yo puedo decirlo.

— Entonces, no tenéis necesidad de mí, caballero, repuso el sacerdote.

Y se levantó segunda vez.

Pero por un movimiento rápido como el pensamiento, la descarnada mano de Gerard se había agarrado al hábito del monje mientras su voz murmuraba :

— ¡ No ! ¡ no ! quedaos, padre mío. Me miento á mi mismo. No es el arrepentimiento, no es el remordimiento lo que me hace hablar, es el terror ; y tengo necesidad del perdón de los hombres, antes de afrontar la presencia de Dios.

— Quedaos pues, padre mío, os lo suplico.

Volvió á sentarse el monje.

— Estoy aquí para hacer vuestra voluntad y no la mía, respondió el dominico ; sin eso, Dios me es testigo de que

en el instante mismo me retiraría. Habláis de terror, no sé por qué ; pero el que experimento al oiros, es casi igual al que os hace vacilar para hablarme.

— Padre mío, preguntó el enfermo, ¿ creéis que estoy tan próximo á la muerte como se dice ?

— Al médico, y no á mi, hay que preguntar eso, hermano mío, respondió el sacerdote.

— Me parece que aun tengo fuerzas y que puedo aguardar, padre mío, dijo el enfermo. ¡ No podriais volver mañana ó esta noche !

— Vos tal vez podáis esperar, pero yo no puedo volver. Tengo un triste y piadoso deber que cumplir, y dentro de dos horas partiré para la Bretaña.

— ¡ Ah ! ¡ partís, dejáis á Paris dentro de dos horas !

— Sí.

— ¿ Por mucho tiempo ?

— Por el tiempo que Dios quiera. Voy á consolar á un padre por la muerte de su hijo.

— Entonces, murmuró el moribundo, más vale que así sea. Sí, es Dios mismo quien os envía, partís, ¿ no es verdad ? ¿ partís fijamente ?

— Á menos que Dios no permita que el muerto á quien acompaño, que el cadáver á quien voy á conducir vuelva á la vida, sí, parto muy fijamente.

— Y estáis seguro de que ese milagro es imposible, ¿ no es verdad ?

Oprimióse horrorosamente el corazón del abate Domingo : los terrores, las vacilaciones de aquel hombre que así se manifestaban, le causaban una invencible repulsión.

— ¡ Ah ! sí, murmuró estoy seguro de ello.

Y el buen sacerdote pasó su pañuelo por los ojos para secar las lágrimas que de ellos se escapaban, feliz con refu-

giarse en cierto modo en su propio dolor para huir del egoísta espanto de aquel hombre, que sin reparar sus lágrimas murmuraba :

— Si, si, esto es mejor, parte dentro de dos horas, deja el país, y tal vez no vuelva nunca, mientras que el cura de Meudón se queda.

Entonces, haciendo un esfuerzo supremo :

— Escuchadme, padre mio, dijo, voy á referiroslo todo.

Y dejando con un suspiro caer su cabeza entre las manos, pareció que el moribundo se recogía dentro de sí mismo.

Apoyó el monje los codos en los brazos del sillón en que estaba sentado.

La habitación que al principio, por haber corrido las cortinas, había quedado en una obscuridad relativa, se había iluminado poco á poco, ó más bien los ojos del sacerdote se habían habituado á aquella obscuridad, á la que daban un carácter misterioso y fantástico los pálidos resplandores de la lamparilla de alabastro.

Visto el cráneo del moribundo en aquellas semi-tinieblas, parecía más huesoso, más pálido, más despojado de sus cabellos : visto así, su rostro parecía más lívido, más descarnado, más cadavérico : su fisonomía más baja, más abyecta.

Comenzó con voz débil y sin separar las manos del rostro. Y á las primeras palabras de aquella confesión que oía, sin saber aún lo que iba á oír, separó el monje su sillón del lecho, como si fuese á mancharse con sólo el contacto de aquella voz.

### CAPÍTULO III.

GERARDO TARDIEU.

Estas primeras palabras, sin embargo, eran muy naturales y podían salir de todas las bocas.

— Había yo quedado viudo á los treinta años, dijo el moribundo, y mi primer matrimonio me había causado tantos cuidados é inquietudes, que había jurado no contraer nunca el segundo.

No tenía otro pariente en el mundo que un hermano mayor, que habiendo dejado el país en 1795, había ido á embarcarse en Tolón en un buque que se hacia á la vela para el Brasil.

El ejercicio de las armas le repugnaba ; el cultivo de la tierra le era antipático, y el comercio le causaba horror ; no soñaba más que en correrías, viajes y aventuras, y los países lejanos eran para él otras tantas tierras de promisión.

Entre todos los países, el Brasil fué al que dió la preferencia ; embarcóse pues para Rio Janeiro, sin llevar consigo más que una pequeña pacotilla, cuyo precio total no ascendía seguramente á mil escudos.

No recibí más que tres cartas tuyas : la primera en 1801 ; me decía en aquella carta que había hecho fortuna, y me invitaba á que fuese á su lado.

Yo tenía horror á la mar y rehusé.

En 1806 recibí la segunda carta ; me escribía que todo lo había perdido.